



La «Tertio Millennio Adveniente» y la vida monástica¹

Se me ha encomendado exponer una «Relación» entre la *Carta Apostólica Tertio Millennio Adveniente* (TMA) y la Vida Monástica.

Muchos ya hemos leído la TMA personal y comunitariamente, pero la gracia, la riqueza de este Encuentro es verla juntos y compartir nuestras experiencias. Hecho que nos enriquece profundamente, ya que quedan de lado todos los aspectos accidentales (si se puede decir así), como son: las diferentes costumbres de nuestros países, herencias históricas, diferentes economías, etc. Y así, pasado por el cedazo de lo que permanece, vemos brillar el sentido genuino y primigenio de la Vida Monástica.

No se trata de hacer resumen, ni tampoco de recoger todos los aspectos que la *Carta* contiene. Se me ha insinuado ver el aspecto litúrgico de ésta, para compararlo con el mismo itinerario de la vida del monje según la RB, y acoger la invitación del Papa a toda la Iglesia como muy válida para la renovación de nuestra propia vida.

La TMA propone a la Iglesia una preparación que consta de dos fases sucesivas, hasta llegar a la celebración del «Gran Jubileo del Año 2000», como lo llama el Papa.

En la primera fase, de carácter antepreparatorio, el Papa sugería a la Iglesia unas líneas de reflexión para dar este paso al tercer milenio con una clara conciencia.

¹ Conferencia pronunciada en el *VIII Encuentro Monástico Latinoamericano*, México, 24.06-01.07.1998: La Hna. Paulina Cruz es monja benedictina del Monasterio de la Asunción (Rengo, Chile).

«Reconocer los fracasos de ayer es un acto de lealtad y de valentía que nos ayuda a reforzar nuestra fe, haciéndonos capaces y dispuestos para afrontar las tentaciones y las dificultades de hoy»².

Y la segunda fase consta de una preparación de tres años, que ya todos estamos viviendo y que conocemos bien: el primer año dedicado a Jesucristo; el segundo, en el que nos encontramos, al Espíritu Santo, y el tercer año a Dios Padre, para celebrar en el año 2000 la «glorificación de la Trinidad de la que todo procede y a la que todo se dirige en el Mundo y en la Historia».

Dice el Papa: «En la Historia de la Iglesia cada Jubileo es preparado por la divina Providencia»³.

Y en el Catecismo de la Iglesia Católica leemos:

«La creación (...) no salió plenamente acabada de las manos del Creador, sino que fue creada en estado de vía hacia una perfección última todavía por alcanzar, a la que Dios la destinó. Llamamos divina providencia -dice- a las disposiciones por las que Dios conduce la obra de su creación hacia esta perfección»⁴.

Entonces, nos encontramos ante una de esas disposiciones -el Jubileo- por el que Dios quiere seguir conduciendo la obra de la creación. Me parece que es muy importante tomar verdadera conciencia de este momento que nos está tocando vivir. El fruto que de ello saquemos dependerá en gran parte de nosotros mismos. Es don y tarea.

La conciencia con que nos preparemos y celebremos estos 2000 años del «Emmanuel», del «Dios-con-nosotros», estará sujeta a nuestra fe, a nuestra docilidad a la voz del Espíritu, que nos habla por medio de la Iglesia.

El Papa, refiriéndose a María Santísima, condensa unas páginas de san Bernardo en esta breve frase, que a mí me ilumina y me da una gran fuerza interior. Dice: «Nunca en la historia del hombre tanto dependió, como entonces, del consentimiento de la criatura humana»⁵.

² TMA 33.

³ TMA 17.

⁴ *Catecismo de la Iglesia Católica* (=Caíec.) 302.

⁵ TMA 2. Cf. san BERNARDO, *In laudibus Virginis Matris*, Homilía IV, 8; *Opera omnia*, Ed. Cisterc. (1966), 53.

Estoy convencida de que, si bien todo es gracia, desde Pentecostés Dios ha dejado también todo en las manos del hombre.

¿Qué es lo que celebramos?

Dios, que a través de los siglos nos ha hablado por la belleza de la creación y más tarde por la Palabra revelada en la Ley y en los Profetas, *«al final de los tiempos nos ha hablado por el Hijo»* (cf. Hb 1,1-2).

«En Cristo, el Padre ha dicho la Palabra definitiva sobre el hombre y sobre la historia»⁶.

El cristianismo comienza con la Encarnación del Verbo. Es Dios quien viene en persona a hablar de sí mismo al hombre y a mostrarle el camino -que es El mismo- para alcanzarlo. *«Yo soy el Camino... nadie va al Padre sino por mí»* (cf. Jn 14,6). Asimismo, el Padre nos muestra su Rostro en el Hijo: *«Si me conocen a mí, conocerán también a mi Padre, desde ahora lo conocen y lo han visto»* (Jn 14,7).

Además, en Jesucristo Dios no sólo habla al hombre, sino que lo busca⁷. ¿Por qué lo busca? Porque el hombre se ha apartado de Él por la desobediencia⁸, creyéndose capaz de decidir por sí mismo el Bien y el Mal, lo que es bueno y lo que no lo es⁹.

Esta es una cita que hace referencia al Génesis, pero ¿no estamos escuchando al hombre de hoy? ¿No oímos eco de ello en nuestro interior?

La **Encarnación**, que es el comienzo de nuestra Redención, no puede separarse del **Misterio Pascual**, Pasión-Muerte-Resurrección, es decir, de la **obediencia absoluta** del Hijo al Padre hasta la muerte. Y es este amor al Padre, esta obediencia a su plan de salvación, lo que hace posible que el hombre pueda responder en obediencia y amor al Padre.

Del Misterio Pascual nace la Iglesia. Es en la Iglesia, **Misterio** de la unión de Dios con los hombres y **sacramento** universal de salvación, donde Cristo realiza y nos revela su propio Misterio¹⁰.

⁶ Cf. TMA 5.

⁷ Cf. Lc 15,1-7.

⁸ Cf. RB Pról. 2.

⁹ Cf. Gn 3,5 ss.

¹⁰ Cf. LG I, 1.

«Así como la voluntad de Dios es un acto y se llama mundo, así su intención es la salvación de los hombres y se llama Iglesia»¹¹.

Todo esto que acabamos de presentar nos introduce en el **aspecto litúrgico** del Jubileo, que es el trasfondo de este trabajo.

En primer lugar, el Jubileo del año 2000 consiste ante todo en la **ACTUALIZACIÓN DEL MISTERIO DE CRISTO**, del acontecimiento Cristo. Lo que se realizó hace 2000 años es eficaz HOY. No es simple recuerdo, sino una **Memoria eficaz**, una celebración en el sentido litúrgico, un MEMORIAL.

Y ¿cómo se realiza esta actualización?

Dios, por el gran amor con que nos amó, se ha introducido, por el Misterio de la Encarnación en la historia del hombre, ha entrado en el tiempo. Voy a citar un párrafo del *Catecismo*, que quizá pueda ser un poco largo, pero que es fundamental al tema que nos ocupa, y, más que eso, es la esencia del cristianismo, por tanto de la vida monástica.

«En la liturgia de la Iglesia, Cristo significa y realiza principalmente su misterio pascual, pasión-muerte-resurrección. Jesús vivió **el único acontecimiento de la historia que no pasa (...)** «una vez por todas». Es un acontecimiento real, sucedido en nuestra historia, pero absolutamente singular: todos los demás acontecimientos suceden una vez, y luego pasan y son absorbidos por el pasado. El Misterio Pascual de Cristo no puede permanecer en el pasado, pues por su muerte destruyó la muerte, y todo lo que Cristo es y todo lo que padeció por los hombres participa de la eternidad divina y domina así todos los tiempos y en ellos se mantiene permanentemente presente»¹².

Esto que se realizó en el tiempo una vez por todas, el Hombre de cada tiempo, el monje, lo tiene que hacer suyo, y lo realiza principalmente en la celebración litúrgica del Misterio. De donde saca la fuerza para la misión (evangelización) y para poner en acto la caridad.

¹¹ Cf. CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Paed.* 1,6. Citado en *Catec.* 760.

¹² Cf. *Catec.* 1085.

El mismo trienio propuesto por el Papa como preparación inmediata al Jubileo, presenta una estructura litúrgica: CON EL HIJO-POR EL ESPÍRITU SANTO-AL PADRE.

Es el itinerario que encontramos en el Prólogo de la RB: **Camino de obediencia del Hijo *conversatio*: que es vida en el Espíritu consumación en el Padre, que es la vida eterna**¹³.

Podríamos decir, entonces, que para la vida monástica el «itinerario litúrgico» que la Iglesia nos propone en este trienio no es nada nuevo, ya que lo encontramos desde el comienzo del *Prólogo* de la RB hasta el final de la misma. Sin embargo, que no sea nuevo para la vida monástica no quiere decir que esté concluido, ya que, como recordaba al iniciar esta relación, «la creación entera permanece en estado de vía, en camino hacia la perfección, hacia la plenitud»¹⁴.

Ya han pasado 2000 años desde la Encarnación del Verbo. Nos adentramos vertiginosamente en el siglo XXI por los caminos del progreso de la ciencia y de la técnica. Pero la creación entera no calla en sus gemidos por sus «dolores de parto», y el Cuerpo de Cristo sigue padeciendo en sus miembros¹⁵.

La dialéctica entre el «una vez por todas» -el «ya» de la salvación- y el «todavía no» -el éxodo peregrinante de los salvados- continúa. Por eso es necesario que a la luz de la TMA releamos el camino monástico.

¿Cómo habría que hacer esta relectura?

Primer año: JESUCRISTO

El Papa nos habla de un redescubrimiento de la **Persona de Jesucristo**. Es necesario, dice, «destacar claramente el carácter cristológico del Jubileo»¹⁶.

En la Regla de San Benito es clara esta centralidad de Cristo. Y el monje va aprendiendo a través de la RB que en el Monasterio todo

¹³ Final del Prólogo y c. 72.

¹⁴ *Catec.* 302.

¹⁵ Cf. *Rm* 8,19-22.

¹⁶ TMA 40.

364 hace referencia a Él: Cristo en el Abad, en los enfermos, en los huéspedes, en los pobres, etc.¹⁷.

Además, indica el Papa que para conocer la verdadera identidad de Cristo es necesario volver con renovado interés a la **Sagrada Escritura**. Para san Jerónimo, «desconocer la Escritura es desconocer a Cristo». Por eso, la Sagrada Escritura es el Libro del monje. «*Escucha, Israel...*» / «*Escucha, hijo...*» nos repite san Benito. Y esta actitud de escucha a la Palabra la encontramos marcadamente en la *Regla*: en el oficio de las vigiliias; como medicamento para los que no quieren enmendarse; en la Cuaresma recibirá cada monje su códice de la Biblia, sea del Antiguo o del Nuevo Testamento, como norma de vida; desde el Prólogo nos señala como guía el Evangelio... Y un largo etc.

Pero no basta escuchar: es preciso hacer vida en uno mismo esa Palabra. ¿Cómo? Nos lo muestra claramente san Benito: por el camino de la **obediencia**, de la **humildad**, de la **kénosis**, que fue el camino de Cristo¹⁸.

Pero sabemos que la obediencia, a causa del pecado, no nace naturalmente del interior del hombre¹⁹. Es necesario que el monje, «si de veras busca a Dios», si de verdad desea unirse íntimamente a Él, pase por la **muerte**²⁰. Y según el apóstol san Pablo, por el **bautismo** somos sepultados en la muerte de Cristo para resucitar con Él²¹.

El bautismo es la fuente de la vida en Cristo, y esta muerte del monje a sí mismo por medio de la obediencia, lo transforma en una criatura nueva.

A su vez, el **Bautismo es el Sacramento de la Fe**. Sin la Fe es imposible vivir la obediencia, revestirnos de Cristo para entrar en la vida eterna²².

«Ceñidos con la fe (...) tomando por guía el Evangelio, sigamos sus caminos para que merezcamos ver a Aquel que nos llamó a su reino»²³. «Mas, al progresar en la vida monástica y en la fe (...) vuela el alma por el camino de los mandamientos de Dios»²⁴.

¹⁷ Cf. RB 2,2; 63,13; 36,1; 53,1. 7. 15.

¹⁸ Cf. *Flp* 2, 6-8; RB *pról.* 2-3. 40; c. 5.

¹⁹ Cf. RB *pról.* 41.

²⁰ Cf. RB c. 7.

²¹ Cf. *Rm* 6,3-4; *Col* 2,12.

²² Cf. *Ga* 3,27.

²³ RB *pról.* 21.

²⁴ *Ibid.* 49.

Esta fe obediencial es el eje que recorre toda la RB. FE VIVIDA, de la cual **MARÍA** es el gran ejemplo, como nos lo recuerda el Papa.

*Así pasamos al año del **ESPÍRITU SANTO***

Cuando el Ángel Gabriel le dice a María que será la Madre de Dios, ella le pregunta: «*Pero ¿cómo será esto?*». Y la respuesta llega con claridad: «*El Espíritu Santo vendrá sobre ti*»²⁵. El Misterio de la Encarnación se realiza por obra del Espíritu Santo. Él es también quien nos confirma en la Fe y actúa nuestra Esperanza. Él es quien obra en nosotros.

Y podemos ver esta acción del Espíritu por ejemplo en las palabras con que san Benito nos exhorta: «Corriendo con las buenas obras (...) reconociendo que esta buena observancia es obra de Dios, glorifican al Señor que obra en ellos»²⁶.

Decíamos que para alcanzar la unión con Jesucristo, era preciso recorrer el camino de la obediencia. Pero para recorrerlo, es necesario emprender decididamente el **camino de la conversión, que es vida del Espíritu**.

Esta conversión, de la que nos habla san Benito, no es sólo una invitación a ser mejores, sino a cambiar de raíz, para pasar de la muerte a la vida²⁷.

«Y buscando el Señor a su obrero de entre la multitud pregunta: *¿hay alguien que desee vivir días felices?* Si tú respondieres: Yo (...) Él mismo te indica qué debes hacer (...)»²⁸.

Y así, a lo largo de toda la *Regla* se nos va indicando el camino de la conversión, que no es sino docilidad a la acción del Espíritu.

Para que esta conversión sea auténtica necesita dos cosas: que llegue a lo más hondo de la conciencia y que permanezca.

Permanecer supone querer entrar en un proceso laborioso de colaboración con la gracia de Dios que el monje recibe de continuo, para llegar a una plena intimidad de su vida con la Vida de Cristo²⁹. Nos dice san Pablo que *nuestra salvación es en esperanza*³⁰. El monje hace

²⁵ Cf. *Lc* 1,35.

²⁶ Cf. RB *pról.* 22. 30.

²⁷ Cf. *Ez* 33,11; RB *pról.* 38.

²⁸ Cf. RB *pról.* 14 ss.

²⁹ Cf. RB final del c. 73.

³⁰ *Rm* 8,23-24.

suya la ESPERANZA precisamente por medio de este PERMANECER. Y así comienza ya a adentrarse en el umbral de la vida eterna. Y ¿cómo no recordar aquí las últimas palabras del capítulo 7 de la RB? Para san Benito, a esta cumbre del Amor se llega por la acción del Espíritu Santo³¹.

Y con esto llegamos al año del PADRE

Para este último año de preparación, el Papa nos propone ver lo que Cristo ve: al *Padre celestial*³², por quien fue enviado y a quien retorna³³. *Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, único Dios verdadero...*³⁴. Para Jesús, el Padre y la vida eterna son una sola cosa.

Si toda la vida del monje es una peregrinación, como lo veíamos en los puntos anteriores; hacia la vida eterna³⁵, llevados por el Espíritu tras las huellas de Cristo, a quien el monje ama sobre todo amor -«no anteponer nada al amor de Cristo»- podemos decir con verdad que toda su vida es un retorno al Padre, y que el culmen de la purificación es ese encuentro con el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.

El Papa deja para este tercer año hablar de la conversión y de la reconciliación -Sacramento de la Penitencia-: Es el amor, la acogida, la CARIDAD del Padre misericordioso hacia el hijo que retorna³⁶. Si antes lo expusimos como itinerario en el Espíritu, aquí reconocemos la llegada como culmen de la conversión: «El monje, purificado ya de todo vicio» -muerto totalmente al hombre carnal- «llega a las cumbres de la caridad perfecta, que arroja de sí todo temor, y lo que antes realizaba no sin esfuerzo, lo hace ahora con inefable dulzura de caridad»³⁷.

Si fuimos reflexionando sobre el Hijo, el Espíritu y el Padre en estos apartados, es porque así presenta el Papa la celebración inmediata al año 2000. Pero una vez llegados a ese año, la alabanza a la Santísima Trinidad por el don del Verbo Encarnado deja atrás toda reflexión.

³¹ Cf. RB cap. 7,70.

³² Cf. Mt 5,45.

³³ Cf. Jn 16,28.

³⁴ Jn 17,3.

³⁵ Cf. RB pról. 21. 50; caps. 72 y 73.

³⁶ Cf. Lc 15,11-32.

³⁷ Cf. RB pról. 49; cap. 7,67-70.

Comunidad monástica – comunidad celebrativa.

Al llegar a este punto, me parece bueno señalar cómo el Papa subraya la importancia de esta celebración en las Iglesias locales. Y recordar y contemplar la Comunidad Monástica como «*ecclesiola in Ecclesia*». No iglesias paralelas, sino signo (sacramento) y *tipo* de la Iglesia. Nuestras comunidades monásticas, al modo de la comunidad primitiva, viven en torno a la palabra de Dios, a la comunión fraterna, a la fracción del pan y a la oración³⁸. Son por excelencia **comunidades celebrativas** que viven **inmersas en la celebración del Misterio de Cristo**.

En la RB es notable la centralidad de la Pascua y de su prolongación: **el Domingo**. El día monástico gira en torno a la celebración de las Horas (santificación del tiempo). Y la Eucaristía es «fuente y cumbre» de todo el ser y del quehacer monástico, prenda de la caridad y de la vida eterna. Así, el monje queda inmerso en el *HODIE* eterno de Dios, este *Hodie* tantas veces cantado en las antífonas de las solemnidades.

San Benito instituye una «*Escuela del servicio divino*», donde el monje hace de su vida una alabanza a Dios y se transforma en un servidor del Hombre de todos los tiempos, a través de los valores trascendentales que aprende a vivir en esta escuela: la caridad, la paz, la solidaridad, la unidad, el perdón, la reconciliación, etc. Todo esto contribuye a hacer de nuestros monasterios, en palabras del P. Abad General Bernardo Olivera, oco: «Espacios de silencio, espacios de oración y de contemplación para el encuentro con Dios en Cristo; espacios ricos de tiempo para la gratuidad, la celebración (...); espacios de corazón dilatado para acoger a todos los buscadores y sedientos del Dios Vivo»³⁹.

LA «TERTIO MILLENNIO ADVENIENTE»

Desafíos de la TMA

Y por último, no podemos dejar de resaltar ciertos desafíos de la *Carta Apostólica*, que afectan a todos los cristianos.

Cristo, en su **Cuerpo Místico**, continúa padeciendo en sus miembros, según la concepción paulina. El Papa indica claramente en la

³⁸ Cf. *Hch* 2,42.

³⁹ Intervención en el Sínodo de las Américas, 1997.

368 *Carta* algunos aspectos que hemos de atender con mayor urgencia: **justicia, evangelización, unidad entre los cristianos, secularización, diálogo inter religioso, etc.**

¿Cómo participa la vida monástica de estos sufrimientos que vive hoy la Humanidad? Todos somos responsables, pues hay un misterio de solidaridad en el bien y en el mal. Es preciso, como dice el Papa, hacernos **un serio examen de conciencia** sobre la responsabilidad que nos toca.

El actual Abad Primado de los Benedictinos, P. Marcel Rooney, osb, en su carta circular de Navidad, nos indicaba que el Jubileo «es una oportunidad para llegar a una renovación personal y comunitaria. Ocasión para renovar nuestros valores monásticos y la vida monástica. Reexaminar el pasado para dar una impronta nueva al futuro». Y Mons. Estanislao Karlic, en la última reunión de SURCO afirmaba que: «Un examen de conciencia que no nos hace crecer en el Amor, no es examen de conciencia»⁴⁰.

Después de todo lo que hemos venido reflexionando, me atrevo a decir que la vida monástica contiene en sí misma los elementos para la celebración de este Jubileo, y para adentrarse en el Tercer Milenio, ofreciendo a los hombres aquellos valores trascendentes que tanto busca. Lo que no significa que **nuestras comunidades** no deban estar **atentas a los signos de los tiempos**, a lo que puede y conviene cambiar en cada momento de la Historia.

Para terminar, tomo prestadas unas palabras del Papa Juan XXIII en el Discurso de apertura del Concilio, adaptándolas a nuestras comunidades latinoamericanas. Confío en que, con la fuerza del Espíritu Santo, que nos convoca, la Vida Monástica en América Latina **«crecerá en riquezas espirituales, cobrará nuevas fuerzas, y mirará sin miedo hacia el futuro... Debemos dedicarnos con alegría, sin temor, al trabajo que exige nuestra época»**, siguiendo a **JESUCRISTO, que es el mismo AYER, HOY Y SIEMPRE.**

*Monasterio de la Asunción
Mendoza de Rengo
Casilla 37. Rengo. Chile*

⁴⁰ Arzobispo de Paraná, presidente de la Conferencia Episcopal Argentina.